

¡te juzgamos propicio tan sólo para nuestras flores!  
 Breve Amor lisonjero... Decidor de una paz no turbada!  
 tu licor en mis labios sedientos fué sed renovada!  
 Cruel amor fatalista... Olvidar tus cadenas no es dable:  
 ¡tienes toda la inmensa amargura de lo irremediable!»  
 De tal modo mi queja a los aires lanzó tus rigores...  
 ¡En mi ser batallaban conmigo los cuatro dolores!  
 ¡Cuatro veces fui muerto, cuatro veces, Amor, me has herido!  
 Más de cuatro pasaron tus flechas silbando a mi oído!

III

¡He cerrado la verja de hierro que guarda la entrada  
 y he arrojado después al estanque la llave oxidada!  
 Por trocar en olvido apacible mis duros enojos,  
 he atrancado las puertas del patio con dobles cerrojos,  
 y he clavado las altas ventanas que vieron al frente  
 los lejanos pinares dorados al sol del poniente...  
 ¡Estoy solo; mi espíritu es lleno de un algo inefable!  
 Mal curado de amores, ya pronto estaré saludable...  
 De las viejas cenizas mis manos hurtaron el fuego,  
 y en el vivo y cruel sobresalto pusieron sosiego...  
 ¡Oh, que bien este encanto sereno que en mi alma se vierte!  
 ¡Oh, cuán grande este dulce reposo, que es casi una muerte!  
 ¡Oh temor! En el harto silencio se escucha un ruido:  
 ¡alguien anda crujiendo la arena del parque dormido!  
 ¡Han hablado; oigo voces perdidas al pie de la fuente!  
 Voy a ver... ¡Es tan sólo un capricho de convaleciente!  
 Abriré los maderos, no abriré los velados cristales.  
 ¡Nadie puede forzar de mi empeño los firmes umbrales,  
 que he cerrado la verja de hierro que guarda la entrada,  
 y he arrojado después al estanque la llave oxidada!  
 ¡Nada veo! El misterio nocturno de mi alma se adueña...  
 ¡El jardín en la noche de plata parece que sueña!  
 Abriré; sólo vanos temores turbaron mi aliento,  
 Son fantasmas que fingen los pinos mecidos del viento...  
 El silencio del alma al silencio del parque se aúna.  
 ¡En el cielo se abrió, toda blanca, la flor de la luna!  
 En las sombras un pájaro arrulla quejosos remedos.  
 Un temblor que renueva mi angustia me llena de miedos...  
 ¡Algo cruza en un rápido vuelo rozando mi oído!  
 Un silbido atraviesa la noche... ¡Gran Dios, me han herido!

¡He cerrado la verja de hierro que guarda la entrada,  
 y he arrojado después al estanque la llave oxidada!

ENVÍO

¡Otra vez, dura flecha, por matarme saliste traidora  
 de la aljaba de los ojos negros de la flechadora!  
 ¡Otra vez en mi carne te clavaste con alevosía  
 y tu hierro gustó el dejo amargo de la sangre mía!  
 Di a la mano de nieve que te lanza contra mi ventura  
 que al tú herirme respondió mi pecho con ciega locura:  
 «¡Bien venida saeta, mensajera de males de amor!  
 ¡Si hay dolor en tu punta acerada... divino dolor!...»

TOMAS MORALES

# Nuestro Granito de Arena

A «El Alferez de San Pedro», devotísimo y entusiasta paladín del glorioso Santo alcantarino.

**G**N el pasado mes de Noviembre, ha querido Dios que los cacereños paguemos el primer plazo de la enorme—*así, enorme* y elevadísima, por su cuantía—, deuda que al correr de las centurias teníamos contraída con nuestro San Pedro; con el bienaventurado paisano, pasmo de las gentes por su vida de penitente y asceta sin par.

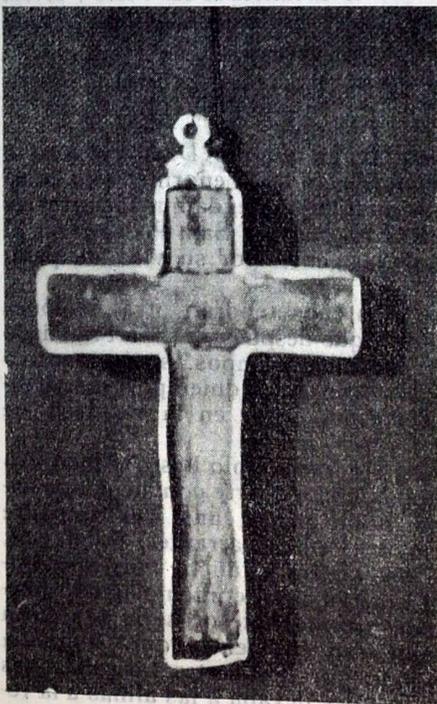
¡Cuánta sana envidia, Santo Dios, nos tendrán otras regiones españolas al reconocer con asombro que después de San Francisco de Asís—el más grande Santo de todos los tiempos, según nuestro modo de entender—, es a Pedro de Alcántara a quien por sus virtudes corresponde ocupar el más destacado lugar en la mansión de los elegidos, a la diestra de Dios Padre!

Siempre he sostenido, y continuaré haciéndolo hasta el postrero día de mi existencia, que nos cupo la mejor suerte con lo del paisaje de este portento franciscano; noble por su cuna, cual su padre el bachiller Garabito y su hermano Pedro Barrantes, publicista, cortesano insigne y privado del Rey; doctor seráfico, *magister optimus* en la ciencia mística de la oración y la contemplación, porque encerraba en su alma los más preciados tesoros de sabiduría espiritual; dechado de perfección, tan obediente como humilde; consultor de negocios santos, por lo que las gentes buscaban las luces de su dirección y de sus consejos y llevaba a las almas a la relación cordial y trato íntimo con Dios; limosnero y celador escrupulosísimo de la santa pobreza; y en fin, varón excelso, sublime en santidad y predilecto del Altísimo, quien hizo merced a nuestra amada tierra de tan prodigioso hijo.

Se ha colocado en la más bella de las plazas, para que sea contemplada, admirada y venerada por los cacereños, su imagen benditísima, tallada por el mejor de nuestros artífices; y, el vocero más autorizado del solar hispano, entonó pública y sentida oración ensalzando sus virtudes y recordándonos lo que significa su celestial

intervención si acudimos a él; pero resta todavía saldar porción muy considerable de nuestra deuda, porque yace olvidado y desmoriándose el cenobio del Palancar, donde la celda de San Pedro, la reliquia más preciada, se conserva por verdadero milagro, porque quiere Dios que no se derrumben las paredes del cuchitril, impregnadas de santidad y del hálito divino que exhalaba aquel cuerpo sarmentoso.

Al tener noticia de la magna fiesta organizada en Alcántara en honor del glorioso franciscano, sentí el ligero rubor—algo parecido



Pequeña Cruz de palo que San Pedro de Alcántara hacía con el auxilio de una navaja

a la vergüenza—, al considerar la desfavorable impresión de quienes vieron y examinaron por primera vez el estado actual del solar de los Barrantes. ¡Cuánta apatía, y hasta incuria, en las gentes de mi tierra! *¿Quosque tandem, digo yo, continuaremos siendo así?... ¿Permitirá la Providencia que acabe de arruinarse el histórico patio, lleno de lápidas conmemorativas, de curiosos trofeos, por donde tanto correteó el que a era santo desde su infancia? ¡Qué joya tan preciada, y qué poco estimado ha sido siempre aquel museo santuario!*

Y así sucesivamente podríamos señalar otras muchas de las cosas a que estamos obligados los extremeños en relación con el P. Pedro, y que debemos solucionar en plazo breve si queremos ser dignos de su protección y recibir ayuda en nuestras necesidades.

Sabido es de todos que nuestro fraile santo fué incansable andariego y que visitaba con presencia los conventos de su Orden, especialmente los enclavados en tierras de León y Extremadura. Cuando tal hacía, y durante sus prédicas misionales por ciudades, villas y aldeas, una de sus aficiones más acusadas y características era hacer pequeñas cruces de palo con el auxilio de una vulgar navaja; cruces que después repartía entre las pobres y piadosas gentes que iban en pos de él o que acudían a confortar el espíritu con sus con-

sejos y enseñanzas. Estas crucecitas, de madera de olivo, pino o castaño y cuyos brazos sujetaban un pequeño clavo, eran sencillísimas, de artesanía infantil, como diríamos en nuestro tiempo; dos palitos cruzados, unidos en la forma indicada y nada más; pues su propósito debía ser únicamente extender, repartir muchas, cuantas más mejor, enseñanzas de la Santa Cruz entre sus devotos y seguidores de las comarcas por donde pasaba. Y desde luego que él llevaba siempre alguno de estos pequeños símbolos de la Crucifixión prendido de su hábito; y que uno de ellos era el único adorno de su angosta e incómoda celda.



Otra de las Cruces hechas por el Santo

El objeto del presente trabajo es dar a conocer a los devotos de San Pedro que yo he tenido durante dos meses en mi domicilio una de estas sagradas reliquias salidas de las enjutas y suaves manos del Santo. Son dos palitos, de pino al parecer, cruzados; el vertical, de seis cm. de longitud; y el transversal, el que forma los brazos, de cuatro.

No puede hallarse pieza de manufactura más sencilla y tan extraordinario valor. Está a la vista su autenticidad y predispone de tal manera su contemplación que la oración surge fervorosa y espontánea, a la par que el ánimo del creyente se inunda de gozo mientras considera con delectación y asombro que la tuvo entre sus manos el asceta incomparable y la besó posiblemente muchas veces con la mayor unción y arrobado por el divino espíritu. ¡Cuán-

tas legarias musitaría ante ella el dulce penitente!

La joya es de mi buen amigo, D. José del Río, jerarca de líneas aéreas Iberia, natural de Villafáfila en la provincia de Zamora; y, según confesión del propietario, pertenece a su familia desde tiempo inmemorial. Alguno de sus antecesores mandó hacer exprofeso una linda funda o cajita de plata adaptada exactamente al tamaño y forma de la Santa Cruz, para preservarla de posibles deterioros y por temor, sin duda, de que si continuaba sin cubierta se volatilizarían las esencias del sagrado madero.

En las cantoneras del estuche de plata donde se guarda, aparece, circundándolo, esta expresiva inscripción: T VBO ES TAS AN-TACRVZ S. PEDRODEA LC AN TA RA. Es letra del siglo XVII y su lectura, sin que el creyente pueda evitarlo, produce deleites celestiales y predispone el ánimo a meditar ante ella y a venerarla con recogimiento.

En lo que podríamos llamar tapas anterior y posterior de la dicha cajita, figuran, grabados a cincel como lo está el epígrafe referido, los símbolos de la pasión del Señor; los tres clavos, la lanza que penetró en el divino costado, la esponja del vino mezclado con hiel, la escalera, el martillo, la tenaza, la corona de espinas y algún otro apenas perceptible y difícil de interpretar por el deterioro que han sufrido las paredes con el uso durante el correr de los tiempos, hasta el extremo de que son ya láminas casi transparentes en algunos puntos.

\* \*

Te habrá complacido saber, lector amigo, que he localizado una reliquia más del frailecito alcantarino; y, sobre todo, si eres extremeño. Yo sentí un gozo inmenso con el hallazgo.

GÉRVASIO VELO



## IDEARIO EXTREMEÑO

La novedad, que lo mejora todo y lo corrompe todo, capitaneando tropas de gentes frívolas y superficiales, destruye por sí misma las lenguas, las ciencias y las artes, después de haberlas perfeccionado; porque como el mayor número se deja conducir más del deleite que de la razón; siéndole agradable todo lo nuevo, por la misma causa que sacude la barbarie antigua y se entrega ansioso a la sabiduría nueva, se entrega también a la barbarie nueva, abandonando la sabiduría antigua, que le es ya empalagosa.

JUAN PABLO FORNER

## POEMAS

### NOVIA Y COLEGIALAS

Con tus ojos prendidos  
de la azul primavera;  
con la luz del amor  
en la canción violeta  
de las dulces alumnas del rocío.  
Ese cristal de voz estremecido  
por entre el verde nuevo de los árboles.

¡Qué quietud de mañana,  
qué lirás en los labios,  
qué fresca luna tibia en la canción!

### PASILLO DE JARDIN

I  
Las palmeras levantan sus látigos,  
el saúce dice amor a la fuente dormida,  
las manos de la brisa  
acarician los álamos.  
El agua es un amante  
loco de primavera y de milagro  
y besa la fragancia de las rosas  
que le encienden sus pétalos sonámbulos.  
¡Pasillo de jardín, cómo se olvida  
el tiempo y el espacio!

II  
Si la ciudad tuviera un pasillo  
como el de este jardín que estoy cantando  
y el hombre caminara entre la brisa  
el agua azui, las flores y los pájaros!

Pero el hombre se pudre  
en su mundo de asfalto.

MANUEL PACHECO